

REPOSO

NO. 866
UN SERMÓN
PREDICADO EN LA MAÑANA DEL DÍA DEL SEÑOR, 18 DE ABRIL DE 1869
POR C. H. SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON

«Porque los que hemos creído entramos en el reposo.» (Hebreos 4:3)

¡REPOSO! ¡Una palabra delicada en verdad! ¡Una sílaba demasiado rica para esta tierra inestable! ¿No es acaso una palabra extraviada del lenguaje de los celestiales? ¡REPOSO! ¿Es obtenible? ¿Es posible? ¿Puede haber jamás reposo para la raza que fue expulsada del Paraíso para labrar la tierra de la que fue tomada y comer el pan con el sudor de su frente? ¡Reposo! ¿Es posible para un alma contaminada por el pecado, sacudida por las lujurias internas y agitada por las tentaciones externas?

¿No es el hombre como la paloma enviada antes del arca, cuando al anochecer anhelaba un reposo para la planta de sus pies, pero no lo encontraba? ¿No es el destino del alma del hombre usar sus alas mientras le duren? Revolotear por siempre de un lado a otro en la vana búsqueda del reposo. Observando a lo lejos y a lo ancho desiertos burlones de desilusiones, pero sin alcanzar nunca un lugar de quietud para sus cansadas alas?

¡Cuán acertado fue el símil del antiguo caudillo sajón, cuando comparó el alma no iluminada con el pájaro que entró por las ventanas abiertas del salón de banquetes, fue asustado por los ruidosos gritos de los guerreros bulliciosos alrededor del fuego, y salió de nuevo por otra ventana hacia el frío y la oscuridad.

Nuestro espíritu, atraído por el tentador resplandor, se lanza a los salones del placer, pero pronto es asustado y alarmado por la áspera voz de la conciencia y las demandas de pasiones insaciables, y así vuela de la momentánea ráfaga de placer y sueño de felicidad, a la densa oscuridad del descontento y la tormenta de nieve del remordimiento.

El hombre, sin Dios, es como el marinero de la historia, condenado a navegar para siempre y a no encontrar nunca un puerto. Él es el verdadero Judío Errante, inmortal en su inquietud. Como el espíritu maligno, el hombre por naturaleza anda por lugares secos, buscando reposo, y no hallándolo. De nuestra raza por naturaleza casi podría decirse como de nuestro Redentor, variando solo un poco Sus palabras: *«Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos, pero el alma del hombre no tiene donde recostar su cabeza.»*

Hablo de muchos esta mañana para quienes esto ha sido sumamente cierto desde su niñez en adelante. Han estado esperando vanamente una felicidad duradera y luchando por una satisfacción sólida. Pilotados primero en una dirección y luego rápidamente en la opuesta, han recorrido el mundo entero e investigado todas las búsquedas, pero hasta ahora en vano.

Hoy los veo cansados e inquietos, como galeotes encadenados al remo, y noto los temores que se revelan en sus rostros, porque el látigo del capataz resuena en sus oídos. Mucho tiempo han remado con el remo de la ambición, o de la lujuria del placer, o de la avaricia, o de la preocupación.

Pero descansen un momento, les ruego, y escuchen el testimonio de aquellos que les declaran que el escape de la esclavitud es posible, y que el reposo puede encontrarse incluso ahora. Mientras su galera flota por la corriente del Sábado, y su trabajo está suspendido por un momento, escuchen el dulce cántico de aquellos redimidos por la sangre de Jesús —pues cantan del reposo, incluso del reposo de este lado de la tumba.

Escuchen por un momento, y quizás descubrirán cómo encontraron su reposo y aprenderán cómo ustedes también pueden encontrarlo. ¡Qué pasaría si sus cadenas se rompieran hoy, y sus trabajos terminaran, y entraran en perfecta paz! Si así fuera, sería el Sábado más alegre que su alma haya conocido. Y otros compartirán la alegría, porque nosotros, a quienes se nos conceda el privilegio de ayudarlos, participaremos de su gozo, e incluso los espíritus ante el trono de Dios se regocijarán al escuchar que otro fatigado ha encontrado reposo en Cristo Jesús.

Al abordar nuestro texto, primero intentaremos describir el reposo del cristiano. En segundo lugar, mencionaremos cómo lo obtuvo. En tercer lugar, enumeraremos los fundamentos sobre los cuales se asienta ese reposo. Y luego diremos unas pocas palabras a modo de reflexión práctica.

I. Primero, del texto se desprende que incluso ahora personas de cierto carácter disfrutan de reposo. De la NATURALEZA DE ESTE REPOSO es de lo que hablaremos.

No es un reposo del que solo se oye hablar, del que se habla y del que se desea, sino un reposo en el que los creyentes han entrado. Han pasado a él y están hoy en su disfrute real. «Los que hemos creído entramos en el reposo.» Ese reposo es ilustrado en cierto grado por sus tipos.

Canaán era una representación del reposo de los creyentes. Algunos han pensado que representa el cielo, y puede usarse así sin forzar la interpretación. Pero recuerden que en el cielo no hay heveos ni jebuseos que expulsar, mientras que en el reposo que Dios da a Su pueblo aquí en la tierra, todavía quedan luchas con pecados innatos y corrupciones que se levantan y que deben ser destronadas y destruidas. Canaán es un tipo justo del reposo que pertenece al creyente de este lado de la tumba.

¡Qué dulce reposo debió haber sido Canaán para las tribus después de cuarenta años de peregrinación! En el desierto ululante vagaron por un camino solitario en medio de incomodidades que solo los vagabundos del desierto pueden imaginar. Siempre estaban en movimiento. Las tiendas que se montaron ayer debían levantarse hoy, porque las trompetas están sonando y la columna de nube está abriendo el camino.

Qué empacar y desempacar, qué enganchar y desenganchar. Qué marchas a través de nubes de polvo y sobre lechos de arena que no cedían. Qué variaciones de temperatura, del calor del desierto abrasador durante el día a su frialdad por la noche. Qué incomodidades de viaje constante y guerra frecuente.

En esos cuarenta años, con toda la misericordia que los sostuvo, con todo el maná que cayó del cielo y el arroyo cristalino que los siguió de la roca herida, eran hombres de pie cansado, y debieron anhelar campos verdes y ciudades que tienen cimientos. Debieron suspirar por el tiempo en que cada hombre pudiera *sentarse debajo de su propia vid y debajo de su propia higuera*, y poseer su heredad en la tierra que fluye leche y miel.

Tal es el reposo del cristiano. Fue sacado por Moisés, la ley —de la Egipto del pecado al desierto de la convicción y la búsqueda de Dios. Y ahora Jesús, el verdadero Josué, lo ha llevado a la aceptación y paz perfectas. Y como las incomodidades de la convicción y los problemas del pecado no perdonado han terminado, se sienta bajo la vid y la higuera de la graciosa promesa y se regocija en Cristo Jesús. Piensen, entonces, en Canaán como un tipo de la paz que el pueblo de Dios disfruta en este tiempo presente por fe.

Así también es el Sábado. Esa es una bendita ordenanza permanente, que recuerda a los creyentes sus deliciosos privilegios. Trabajen durante los seis días, porque es su deber —«*seis días trabajarás*»— pero en el Sábado disfruten de perfecto reposo, tanto en cuerpo como en alma. Sin embargo, miren el significado superior del Sábado y aprendan a cesar de sus propias obras. Si tuvieran que ser salvos por obras, tendrían que trabajar sin un momento de pausa, porque nunca podrían completar la tarea, ya que se exigiría la perfección absoluta.

Pero cuando vienen a Cristo, sus obras están terminadas. No hay que cortar leña ni sacar agua. No hay que guardar mandamientos con miras al mérito, ni el penoso esfuerzo en ceremonias y ordenanzas con miras a la aceptación. «*Consumado es*» es la campana de plata que toca en su alma un matrimonio de paz y gozo en Cristo Jesús.

Cuidado, creyente, de vivir en un Sábado perpetuo de reposo en la obra terminada de tu Señor ascendido. Recuerda que tu justicia legal es completa. Has cesado de tus propias obras como Dios de

las Suyas, y que nadie te incite a volver a la antigua esclavitud de la ley, sino permanece firme en la bendita libertad de la gracia, regocijándote en la obra perfecta de tu Sustituto y Fiador.

¡Qué tipo tan maravilloso del reposo del cristiano habría sido el año sabático si los judíos hubieran tenido fe suficiente para guardarlo! Una vez cada siete años no debían arar la tierra ni podar las vides, ni hacer ninguna labor agrícola. Debían comer durante todo el año lo que crecía por sí solo. Y supongo que habría habido tal abundancia en el sexto año que habrían sido capaces de vivir el séptimo sin trabajo. Hemos oído, pero solo oído, de un período de bonanza en reserva para nosotros en el que no seremos gravados por nuestro Gobierno. ¡Que vivamos para verlo!

Pero aquí había un período en el que los hombres debían vivir sin trabajar durante doce meses enteros, y así podrían consagrar todo su tiempo a la adoración de su bondadoso Dios con alegría y gratitud. Ese año fue el tipo de la vida del cristiano en lo que respecta a su salvación. Así debería vivir, regocijándose en su Dios, descansando de todas las labores serviles, su alma alimentada por la generosidad espontánea del cielo, y su corazón regocijándose en la plenitud atesorada en Cristo Jesús.

Si los tipos pueden ayudarnos a vislumbrar la paz del cristiano, quizás podamos entenderla un poco más clara y prácticamente recordando las oposiciones a la paz que en el creyente son removidas. ¿Puede haber reposo para un corazón que ha pecado? La respuesta es sí. El creyente descansa de la culpa del pecado porque ha visto sus pecados puestos sobre Cristo, su chivo expiatorio, y sabiendo bien que nada puede estar en dos lugares al mismo tiempo, concluye que si el pecado fue puesto sobre Cristo, no está sobre él.

Y así se regocija en su propia liberación del pecado, por haber sido este imputado a su glorioso Sustituto. El creyente en Cristo Jesús ve el pecado castigado eficazmente en Cristo Jesús, y sabiendo que la justicia nunca puede exigir dos penas por el mismo crimen, o dos pagos por la misma deuda, descansa perfectamente en paz con respecto a sus pecados pasados. Él ha, en la persona de su Fiador, soportado el infierno que le correspondía por sus transgresiones. Cristo, al sufrir en su lugar, ha respondido a todas las demandas de la justicia, y el corazón del creyente está perfectamente en reposo.

¿Cómo lidia con sus pecados innatos y sus tendencias al mal? ¿Puede un hombre descansar mientras estos están dentro de él? Sí, descansa incluso aunque estos luchan dentro de él por el dominio, porque hay una nueva vida dentro de él que los sujeta por el cuello y los mantiene bajo sus pies. Aunque sus corrupciones se esfuerzan y luchan, mientras el santo cree firmemente en Cristo, sabe que las luchas de sus pecados son solo un jadeo por la vida, y que las armas de la gracia victoriosa los aniquilarán a todos y pondrán fin a la contienda para siempre.

Él está seguro de que Cristo ha roto la cabeza del dragón, y que el pecado fue crucificado con Cristo, y por lo tanto considera sus lujurias internas como malhechores moribundos. Y aunque puedan mostrar algunas señales amenazantes de fuerza, él ve los clavos en sus manos y en sus pies, y sabe que pronto la muerte seguirá a la crucifixión.

¿Pero el cristiano no tiene preocupaciones? Otros hombres están muy acosados por ansiedades perplejas, ¿no tienen los creyentes ninguna de estas? Los ricos encuentran preocupaciones en su riqueza —¿cómo aumentarla! ¡Cómo retenerla! Los pobres tienen preocupaciones en su escasez y pobreza —¿cómo llegar a fin de mes y proveer cosas honestas a los ojos de los hombres!

¡Ay, pero en este asunto, el creyente ha aprendido a echar su cuidado sobre Aquel que cuida de él. Ha oído la voz que dice: «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego.» «Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan; pero os digo que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió como uno de ellos.»

¡Oh! ¡Pero qué reposo le da al alma cuando siente que Dios lo dispone todo y que la providencia no es para que nosotros la arreglemos, sino que todo está establecido y determinado por sabiduría infinita. Doy gracias a Dios porque no soy el piloto de mi propio destino, llamado a observar ansiosamente la tormenta y la oscuridad turbia, y a transitar con terrible temor el estrecho canal entre rocas y arenas movedizas. He tomado un piloto a bordo, cuya sabiduría infalible prohíbe un error. Que mi alma vaya dulcemente a su reposo con plena seguridad de que todo está ordenado correctamente donde Dios lo manda todo.

Pero, ¿no tiene el cristiano sus problemas y tentaciones? ¿No se ve a veces afligido por el dolor corporal? ¿No recurre a la tumba con muchas lágrimas por los seres queridos que partieron? ¿No tiene una vida variada como los demás? ¡Ah! Sí, no está exento de la guerra del dolor, pero sabe que «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.»

No ve ira divina en sus pérdidas y no teme la ira de Dios en sus castigos. Él cree que la misericordia mezcla todas sus copas. Que la bondad y la verdad, como un hilo de plata, recorren la trama de su vida exterior. Es mientras cree que así descansa. Y noten, es solo mientras cree, y en proporción a lo que cree, que entra en reposo. Si su fe es lo suficientemente fuerte, ni una ola de problemas cruzará su espíritu, aunque todas las olas y las corrientes de Dios pasen sobre su cabeza.

«Aun así —dice alguien— ¿el cristiano no tiene un servicio que realizar? ¿Cómo, entonces, puede decirse que tiene reposo?» Sé que tiene servicio, pero en este servicio descansa, como los pájaros de los que he oído que duermen en pleno vuelo. Es reposo trabajar para el Señor Jesús. Un alma creyente nunca está más a gusto que cuando está poniendo toda su fuerza al servicio de Dios. Supongo que no

es un trabajo para las alondras cantar mientras ascienden, y ciertamente no es un problema para los cristianos derramar una vida santa, que es el canto de su alma.

El servicio cristiano es tal el desbordamiento de la naturaleza interior del creyente, el estallido espontáneo de la gracia que mora en él, que aunque pueda ser trabajo para los labios y trabajo para el cerebro, es perfecto reposo para el espíritu. Esto lo sé: no hay inquietud que sienta más pesadamente que la de no estar trabajando para mi Señor. Y si me veo obligado a quedarme en casa por enfermedad o cualquier otra causa, y no puedo servir a mi Maestro, no es reposo para mí. De ahí deduzco que es posible estar quieto pero no descansar. Y ciertamente es posible ser infatigable en el servicio y estar descansando todo el tiempo.

«Aun así —añade alguien— ¿el cristiano que cree descansa alguna vez en el asunto de la proximidad de la muerte? ¡Debe morir como los demás hombres, por muy favorecido que sea del cielo!» Sí, y este es uno de los puntos en los que su reposo es sumamente completo, porque llega a ver la muerte no solo como un enemigo, sino como un amigo, y cuenta con su partida incluso como algo deseable. ¿Qué hay aquí para que deba esperar? ¿Qué hay en la tierra que deba retener un espíritu inmortal? Partir y estar con Cristo es, para él, mucho mejor.

¿Acaso los gemidos y la agonía de la muerte, la desintegración del sistema corporal y los dolores y angustias que generalmente preceden a la muerte, no rompen el reposo del cristiano? Les digo que no. Cuando la fe es inquebrantable, él mira estas incomodidades relacionadas con la remoción de su tabernáculo terrenal como algo dispuesto por su Padre, y se resigna a ellas, esperando recibir, con el aumento de su dolor corporal, un aumento de consuelo interior. Considera que si pierde la plata de la fuerza corporal y obtiene el oro de la experiencia celestial, será un gran ganador. Con valentía se ríe de la muerte y se regocija en el pensamiento de la partida, para poder estar con Cristo eternamente.

En una palabra, hermanos, el reposo del creyente, mientras su fe es sostenida por el Espíritu de Dios, es tal que ningún extraño se entromete en él. Tal que el pecador puede oír con el oído, pero no puede imaginar en su corazón. Pecador, se le ha prodigado riqueza. Ha disfrutado de una prosperidad creciente. Ha sido joven y alegre. Se ha mezclado con compañías que ríen de día y bailan hasta bien entrada la noche, pero usted no sabe, ni siquiera puede adivinar, cuál es nuestro reposo los que hemos tomado a Jesucristo como nuestro Salvador, a Dios como nuestro Padre y al Espíritu Santo como nuestro Consolador.

Ojalá lo supieras, porque creo que si una vez entendieras el reposo de la vida del creyente, renunciarías a todo lo que este mundo llama bueno y grande sin una mirada persistente, por el gozo sólido y el tesoro duradero que solo los hijos de Sion conocen.

Aun así, para darles una idea completa, en la medida de lo posible, del reposo que pertenece a los creyentes, quisiera señalar que una cierta concepción de este reposo puede obtenerse de las gracias que una verdadera fe engendra y fomenta en la mente cristiana. Después de todo, el hombre crea su propia condición. No es la mazmorra o el palacio lo que puede crear miseria o felicidad. Llevamos palacios y mazmorras dentro de nosotros, según la constitución de nuestras naturalezas.

Ahora bien, la fe hace al hombre celestial de mente. Le hace preocuparse más por el mundo venidero que por el que ahora existe. Hace que lo invisible sea precioso para él y lo visible comparativamente despreciable. ¿No ven, por lo tanto, qué reposo nos da una verdadera fe en medio de las angustias de esta vida mortal? Usted es muy pobre, pero si da poca importancia a las riquezas, la pobreza no lo angustiará. Si ha aprendido a considerar las cosas espirituales como la mejor parte, no se lamentará porque las aguas de los manantiales inferiores escasean.

¿No han oído hablar del Rey persa que dio a sus diversos consejeros diferentes regalos? A uno le dio un cáliz de oro, pero a otro un beso. Entonces todos los consejeros de la corte envidiaron al hombre que había recibido el beso, y consideraron los cálices de oro, las joyas y los cofres de plata como menos que nada en comparación con esa familiar muestra de favor real.

Oh, santos pobres pero favorecidos, nunca envidiarán a quienes beben copas de oro de la fortuna si obtienen el beso de la boca de Jesús. Porque saben que Su amor es mejor que todo el mundo, y el disfrute de él les dará el reposo más rico. ¿Cómo pueden sentir las miserias de la envidia cuando poseen en Cristo la mejor de todas las porciones? ¿Quién quiere cisternas junto al río? ¿Quién llora por guijarros cuando posee perlas?

La gracia de la fe, además, obra en nosotros la resignación. Aquel que confía plenamente en su Dios se resigna perfectamente a la voluntad de su Padre. Sabe que todos los tratos de Dios deben ser correctos, ya que el Señor es demasiado sabio para errar y demasiado lleno de amorosa bondad para tratar con dureza a su pueblo. Esta resignación es otra fuente de reposo para el espíritu.

El hábito de la resignación es la raíz de la paz. Un niño piadoso recibió un anillo de su madre y lo atesoraba mucho, pero de repente, lamentablemente, perdió su anillo y lloró amargamente. Reconcomiéndose, se hizo a un lado y oró; después de lo cual su hermana le dijo riendo: «Hermano, ¿de qué sirve orar por un anillo? ¿La oración traerá de vuelta tu anillo?» «No —dijo él— hermana, quizás no, pero la oración ha hecho esto por mí: me ha dispuesto a prescindir del anillo si es la voluntad de Dios, ¿y no es eso casi tan bueno como tenerlo?»

Así, la fe nos aquieta por la resignación, como un bebé es arrullado en el pecho de su madre. La fe nos hace estar completamente dispuestos a prescindir de la misericordia que una vez apreciamos. Y cuando el corazón está contento de estar sin la bendición externa, es tan feliz como lo sería con ella,

porque está en reposo. Además, la fe obra humildad. La dependencia del mérito de Cristo y un sentido del pecado perdonado, obran en nosotros una baja estimación de nuestros propios méritos y derechos. Entonces no luchamos por el dominio.

Si otros piensan mal de nosotros, no nos rompe el corazón, porque decimos: «Si me conocieran, podrían pensar aún peor de mí.» Si algunos no nos respetan como merecemos, le damos poca importancia a eso, porque pensamos que es un asunto insignificante para gusanos tan pobres como nosotros ser respetados o lo contrario. Y si hay algunos que nos tratan mal, lo tomamos con alegría, porque nunca nos consideramos dignos de ser exentos de reproche. Ciertamente fuimos enviados aquí con el propósito de que participáramos con la gran Cabeza de la iglesia sufriendo para la promoción de los propósitos divinos. Un corazón humilde está preparado para ser llenado de reposo.

La fe, además, promueve el desinterés encendiendo afectos más dignos. Y esto contribuye tanto a nuestra paz, que es muy cierto que si un hombre fuera perfectamente desinteresado, le sería imposible ser perturbado por el descontento. Toda nuestra inquietud reside en la raíz del yo. Si un hombre pudiera estar perfectamente contento de ser lo que Dios quisiera que fuera, y no tuviera otros deseos que la gloria de Dios, nunca podría ser desterrado, porque todos los lugares serían iguales para él. Nunca podría ser pobre, porque en cada condición tendría lo que su corazón deseaba.

Hermanos y hermanas, no puedo continuar con este largo catálogo, pero dondequiera que reina la fe, trae consigo un fuego refinador que, al quemar nuestras corrupciones, también detiene el furor de nuestras pasiones y crea una paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, garantizando la declaración del apóstol de que: «Los que hemos creído entramos en el reposo.»

La fe nos transforma en niños pequeños. Vuelve a moldear nuestro corazón. Nos armoniza con el universo, y nosotros, que estábamos desafinados con Dios y la naturaleza, somos una vez más reconciliados con el Divino, Sus propósitos y Sus providencias. Todo va bien con el hombre que confía en Dios; las bestias del campo están en paz con él y las piedras del campo han hecho un pacto con él. Todo debe estar bien cuando el corazón está bien, y el corazón está bien cuando la fe reconcilia con gozo el alma con Dios a través de la muerte de Jesucristo.

Así, he descrito, lo mejor que he podido, el reposo del cristiano. Solo espero —para usar el lenguaje de John Bunyan— que a muchos de ustedes se les haga agua la boca por obtener una parte personal en este reposo.

II. El segundo punto a considerar es, ¿CÓMO OBTIENE EL CRISTIANO ESTE REPOSO?—«Los que hemos creído.»

Noten esto, que la forma en que el creyente llega a su reposo es enteramente a través de la creencia o la confianza.

¡Cuánto me gusta pensar en esta palabra! Si el apóstol hubiera dicho: «Los que hemos sido eminentemente consagrados entramos en el reposo», habría llorado sobre el texto con vergüenza y consternación. Si hubiera dicho: «Los que hemos sido sumamente útiles, diligentes e infatigables en el servicio, esos entramos en el reposo», lo habría mirado con gran anhelo y habría dicho: «Me temo que nunca lo alcanzaré.»

Pero «Los que hemos creído.» ¡Vaya, eso les vendrá bien a miles aquí! Les vendrá bien a algunos de ustedes que han estado lamentándose toda la semana porque no pueden ser lo que quieren ser, porque no pueden servir a Dios como les gustaría. «Los que hemos creído.» Entonces, la puerta del redil del reposo, el portal de perlas hacia la Nueva Jerusalén, es simplemente creer en el Señor Jesús. ¿Qué? ¿Nada más que creer? No veo nada más en el texto, nada más que creer.

¿Y qué es este creer? Pues es una simple confianza; es confiar en Cristo como el Salvador designado por Dios. Es confiar en el Padre y creer en Su amor infinito por nosotros. Es confiar en el Espíritu Santo y entregarnos al dominio de Su morada divina. Confiar trae reposo. Esta es una verdad simple, y sin embargo, es una verdad que necesitamos recordar, considerar y de la que debemos estar seguros.

La paz no llega al creyente a través de sus obras. Él debe tener obras; debe tenerlas si tiene la vida de gracia dentro de su corazón. Debe asistir al bautismo, a la Cena del Señor y a todas las ordenanzas cristianas, pero no obtiene reposo a través de estas. El reposo llega a través de su fe, no a través de las ordenanzas.

«Medios de gracia» llaman los hombres a esas ordenanzas, y algunos han llegado muy lejos en cuanto a lo que nos llega a través de los sacramentos, pero yo digo con la mayor audacia que el apóstol va más lejos en otra dirección, a saber, al no decir nada en un caso como este sobre el bautismo o la Cena del Señor, y al depositar todo nuestro reposo en el acto de creer.

«Los que hemos creído.» Él tiene la misma mentalidad que nuestro Señor mismo, cuando declara que «todo aquel que cree en el Hijo tiene vida eterna», como si lo único esencial fuera este creer, y donde esto estuviera, se disfrutarían todos los privilegios del pacto.

Amados, debemos anhelar la santificación. Debe ser la ambición de nuestros espíritus ser útiles; debemos estar clamando y suspirando cada día por la conformidad con Cristo. Pero recuerden, no es

en nuestra santificación, ni en nuestra utilidad, ni en nuestra conformidad donde encontramos nuestro reposo; nuestro reposo nos llega a través de la fe en Jesucristo. El apóstol nos dice indirectamente en estas palabras que aquellos que creen en Cristo Jesús entran en reposo, a pesar de todo y de cualquier otra cosa.

«Los que hemos creído —dice él— entramos en el reposo.» ¿Qué, Pablo, no tienes corrupciones? «¡Ay —clama él—, ¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré?» Sin embargo, entró en reposo. ¿Qué, Pablo, no tienes dudas? Escúchenlo: «Pongo mi cuerpo en servidumbre, y lo pongo en sujeción; no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo sea desechado.»

¿No tuvo problemas angustiantes? Él responde: «De fuera, contiendas; de dentro, temores.» Y sin embargo, oh apóstol, ¿entraste en reposo? Sí, creyendo. ¿Pero no tenías pecados, Pablo? Sí, en verdad, se confiesa a sí mismo el principal de los pecadores, pero creer le hizo entrar en reposo.

Noten que las vicisitudes de la experiencia del apóstol fueron mucho mayores que las nuestras. Como su mente era más capaz que la nuestra, y su experiencia externa más variada, sus pruebas fueron más y más pesadas de lo ordinario. Una noche y un día había estado en lo profundo, sin embargo, creyendo, entró en reposo. Con sus pies sujetos en el cepo en la cárcel de Filipos, apedreado por turbas enfurecidas, y ante Nerón el león en Roma, en todo tipo de peligros y dificultades, rodeado de peligros inminentes de noche y de día, siempre estuvo en aflicciones, y sin embargo, declara que, habiendo creído, entró en reposo, un reposo que ninguna circunstancia externa podía perturbar. ¡Oh, bendita lección!

Alma mía, pide gracia para aprender por experiencia el bendito hecho de que la fe, enteramente por sí misma y sola, puede darte reposo. Cuando tiemblen los pilares del cielo y el cimiento de la tierra sea removido, la fe puede hacer que el alma sea firme y la mantenga confiada.

El apóstol parece insinuar en las palabras que tenemos delante, que el entrar en reposo, si bien no depende de nada más que de creer, sí depende de eso. Es: «Los que hemos creído entramos en el reposo.» Entonces ¿Por qué algunos cristianos profesos no tienen descanso? ¿Por qué nosotros mismos no tenemos descanso en todo momento? Respuesta: porque la fe no siempre está en ejercicio vigoroso, y aunque la posesión de una fe débil, pero genuina, brinda a un cristiano una seguridad infalible e inquebrantable, no le brinda un descanso permanente.

Nuestra fe debe tomar a Dios por Su Palabra o no podrá saborear la dulzura de Su abundante paz. El niño que no puede confiar en sus padres no puede esperar tener la libertad de preocupaciones que es la querida herencia de la infancia. Pero cuanto más plenamente podamos descansar en la promesa de nuestro Padre, más podremos sentir que no nos corresponde preguntar cómo puede hacer esto, ni cómo puede hacer aquello, ni cuándo nos libraré, sino que podemos dejarlo todo con Él, y apoyarnos

solo en Él sin un segundo ayudador. Entonces es cuando nuestro descanso se vuelve profundo e imperturbable.

Oh, vosotros que estáis en la iglesia y aún no podéis descansar como desearíais, pedid al Señor que aumente vuestra fe. Oh, vosotros que confiáis en Él, pero a menudo vaciláis, id de nuevo al pie de la cruz y mirad a Aquel que sufrió allí. Mirad de nuevo a la preciosa sangre expiatoria del pecado. Mirad una vez más el rostro del gran Padre que acepta a los que confían en Jesús y tendréis aún el perfecto descanso que Dios da solo a los creyentes.

No puedo apartarme fácilmente de este punto. Mi alma ronda sobre él y se detiene amorosamente en él, porque estoy muy ansioso de que todos vosotros obtengáis este descanso y lo disfrutéis hoy. Sé que algunos de vosotros os quejáis de lo que sentís o no sentís, pero esto no viene al caso. Mi mensaje, tal como está contenido en el texto, no proclama bendición al sentir, sino al *creer*.

Oh, ¿no podéis confiar en el Hijo de Dios para que os salve? ¿No podéis creer la promesa que tan libremente se da a todos los que simplemente confían en Él? Terminad, os ruego, con hurgar en la cloaca de vuestro corazón en busca de doradas consolaciones. Id a Cristo; en Él encontraréis todo lo que vuestra alma desea.

¡Oh! Quizá estáis diciendo: «No tengo el descanso que solía tener. Leeré más la Biblia, y oraré más, e iré a un lugar de culto con más frecuencia», y así sucesivamente. Todo esto es correcto, pero ninguna de estas cosas os traerá descanso. El descanso para un alma se encuentra en Jesús. La paloma nunca encontró descanso hasta que llegó al arca, ni vosotros lo encontraréis hasta que volváis a Cristo. Oh, querido corazón, todos los sacramentos del mundo no pueden darte descanso, ni todos los predicadores que alguna vez hablaron pueden ministrar descanso a tu espíritu cansado.

Venid ahora sin nada en qué confiar por vuestra cuenta. Venid a la infinita misericordia de Dios atesorada en el corazón una vez traspasado del Bienamado, y Él os dará descanso. Oh, ven, pobre paloma agitada, vuela al seno de Jesús, porque no puedes evitarlo. Impulsada por la inclemencia del tiempo, recalca en este puerto de paz.

Creedme, Jesús no puede rechazarte. Es imposible. Creedme, si confías en Él, hoy tendrás descanso —tendrás el mismo descanso que aquellos que han sido Sus siervos durante cincuenta años—, descanso a través de la sangre de la expiación, «la cual habla cosas mejores que la de Abel». (Hebreos 12:24)

III. ¿Cuál es el fundamento y la razón del descanso de un cristiano?

Es algo terrible estar en descanso en extremo peligro, arrullado por una falsa seguridad. Es peligroso dormir en una casa construida sobre cimientos de arena cuando las inundaciones están

desatadas y los vientos están a punto de arrasarlo todo. ¡Es horrible estar en paz en una celda de condenados, cuando ya se ha levantado el patíbulo y la hora de la ejecución se acerca! De tal paz, que Dios nos preserve.

Pero el creyente tiene buenas razones para estar en paz, ¿y por qué? Tiene estas razones, entre otras. Confía en ser salvo por un camino que Dios ha designado. Es ordenanza de Dios que Jesucristo sea la propiciación por el pecado, y Él ha declarado solemnemente que «todo aquel que en Él cree, no se pierda». (Juan 3:16)

Ahora, crea o no un alma en Cristo pueda perecer, si el diablo me dice que puede, estoy preparado para arriesgarme, porque el camino de designación de Dios, si lo acepto, me quita toda responsabilidad. Si perezco, el honor de Dios se ve dañado, así como mi alma. Pero sé que Dios se mantendrá firme en Su designación. Él dio a Cristo para mi salvación. Siento que no hay riesgo en descansar en Él. Yo sí descanso en Él, y si Dios es verdadero, mi alma está a salvo. Por lo tanto, estoy perfectamente en descanso.

A continuación, el creyente descansa en la persona de Jesús. «¿Por qué —dice—, Aquel a quien encomiendo mi alma no es otro que Dios mismo, y aunque nacido de virgen en cuanto a Su humanidad, es sin embargo verdadero Dios de verdadero Dios, ciertísimamente divino. Por lo tanto,

«Sé que con Él seguro permanece, / Protegido por Su poder, / Lo que he encomendado a Sus manos / Hasta la hora decisiva.»

Aquí hay una roca firme sobre la cual descansar. ¿En qué persona mejor podemos confiar que en Jesús, el Hijo de Dios?

Además, el creyente sabe que todas las cosas necesarias para salvarle a él y a todos los escogidos ya han sido realizadas. Las deudas que teníamos han sido pagadas por nuestro Fiador. El creyente no teme, entonces, ser demandado en el Tribunal del King's Bench y ser encarcelado para pagar hasta el último céntimo, porque cada centavo ha sido pagado.

La resurrección de Jesucristo fue el recibo de Dios por el pecado que había sido puesto sobre el Fiador. «Él resucitó para nuestra justificación». (Romanos 4:25) Y el cristiano dice: «Aunque mis pecados sean como las arenas de la orilla del mar, todo lo que era debido por el pecado fue puesto sobre Cristo, y por lo tanto, ninguna pena puede ser puesta sobre mí». Este es un buen fundamento para la paz, ¿no es así?

Entonces, además, el creyente dice: «Aquel que murió por mí vive para siempre. Resucitó. El Grande que tomó mi causa no está muerto y enterrado. No he perdido a mi Amigo. Vive a la diestra de Dios y hace intercesión por mí. Fuerte para librar y poderoso para salvar, siempre está listo para

manifestar Su poder hacia Su pueblo. ¿Por qué, entonces, debería yo ser perturbado? Ya que Cristo vive, yo también debo vivir».

Además, el creyente sabe que el Señor ha hecho un pacto eterno con él, y descansa en la veracidad y fidelidad de Dios de que cada promesa del pacto se cumplirá. Ciertamente, la verdad de Dios es un buen fundamento para que un alma descansa. No puede haber temor cuando aquí está nuestro principal apoyo y refugio. Aunque los pilares de la tierra sean removidos y todas las ruedas de la naturaleza se rompan, no puede haber temor de que el Eterno mismo mienta. Si los cimientos de la veracidad divina fueran removidos, de hecho los justos se perderían, pero tal calamidad no puede suceder. Los creyentes hacen bien en descansar en un fundamento tan seguro como este.

«Ah, bueno —dice uno—, ¿tendré alguna vez tal fundamento de consuelo como ese?» Pobre alma, puedes tenerlo. Pero no puedes tener ningún fundamento de consuelo hasta que cumplas con el mandato divino de creer en Jesús. Para vosotros, como incrédulos, no hay descanso. No puede haberlo. Podéis ser lo que queráis, y hacer lo que escojáis, y probar lo que os plazca, pero mientras rechacéis el camino divino de salvación, el descanso no os es posible.

Si hoy renunciáis a vuestra propia voluntad, y abandonáis la obstinación de vuestra incredulidad, y confiáis en el Dios encarnado que en el madero sangriento derramó la sangre de Su corazón, tendréis perdón y aceptación, y entonces el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros, y vuestra paz será profunda y abismal, el comienzo de la paz del cielo. Una paz que seguirá ampliándose y profundizándose a lo largo de esta vida mortal a medida que conozcáis más a Cristo y os hagáis más semejantes a Él —una paz que se expandirá en el océano del gozo eterno. ¡Todo por medio del creer! ¡Todo por medio del confiar!

Nada se dice de la condición de pecador del que confía, nada sobre la grandeza o pequeñez de sus pecados, nada sobre la suavidad o ternura de su corazón, nada sobre su idoneidad o ineptitud, isino que solo se dice que *cree!* «Nosotros que hemos creído», seamos quienes seamos, si solo hemos confiado, si hemos tomado a Dios por Su Palabra y hemos descansado en ella, entramos, ahora mismo entramos y disfrutamos de un descanso divinísimo y bendito.

En conclusión, hay tres palabras prácticas.

La primera es para el hombre que nunca ha descansado.

Es: *prueba el camino de descanso de Dios.* ¡Cuánto os compadezco a vosotros que no habéis entrado en el descanso de Dios! Sois tan moralmente buenos, tan amables, tan verdaderamente adorables, adornáis los hogares en los que os movéis, pero por falta de una cosa no sois felices, y nunca podréis serlo hasta que obtengáis esa cosa. ¡Oh, cuánto desearía que la tuvieras! ¡Cuánto desearía que la tuvieras hoy!

Recuerdo bien cuando encontré el descanso por primera vez, no pensé que fuera un asunto tan simple. No podía creerlo y me temo que no lo habría creído hasta ahora si el Espíritu Santo no me hubiera iluminado. No podía creer que el descanso viniera simplemente por confiar. Solía decir: «¡Qué! ¡Solo creer!» Pero ahora he descubierto que *solo creer* es una de las cosas más ricas del mundo, porque trae consigo otras diez mil cosas. Trae consigo siete otros espíritus tan benditos como él mismo cuando entra y mora en el corazón humano.

Esta mañana la verdad es cierta: si puedes creer, todas las cosas te son posibles. Si ahora puedes confiar en Aquel que vino a ser hombre para salvar a los hombres, y que sufrió para que los hombres no sufrieran, y que ha resucitado y subido al cielo, y que vendrá de nuevo por segunda vez para juzgar al mundo, si puedes poner tu alma en Sus manos, estará completamente a salvo.

Él no puede perderla y no lo hará. ¡Oh, que confiarais en Jesús esta mañana, porque entonces os convertiríais en otro testigo del descanso que el pueblo de Dios disfruta! ¡Oh, que así sea de inmediato! Deseamos ver venir el reino de Dios. Queremos que Cristo vea el fruto de la aflicción de Su alma y esperamos que seáis uno de aquellos que para siempre ilustrarán Su amor poderoso. Rendid vuestro corazón ahora. Rendidlo a las dulces influencias del Espíritu Santo que ahora sopla sobre vosotros. Confiad y descansaréis.

La siguiente palabra es para aquellos de vosotros que una vez descansasteis, pero ahora no.

Tú, *apóstata*, esta es tu palabra: *vuelve a tu descanso*. Nunca encontrarás descanso fuera de Cristo, especialmente tú. Un impío, a su manera, descansa en el pecado. Por un tiempo se satisface con sus diversiones, y sus frivolidades parecen deleitarle, como las cáscaras satisfacen a los cerdos, pero tú nunca podrás tener tal descanso como este. Si eres hijo de Dios, nunca te sentirás cómodo en el pecado.

Como diría Rutherford: «Si una vez habéis comido el pan blanco del cielo, vuestra boca ya no tiene gusto para los bollos morenos de la tierra». No podéis contentaros como un cerdo, después de haberos asociado una vez con ángeles. Si Cristo os ha dado emociones y deseos celestiales, debéis volver a Él para que sean satisfechos, porque lejos de Él vuestro estado es de miseria presente, y empeorará cada vez más.

¡Regresa, regresa, oh apóstata, de inmediato! ¡Oh, si esta mañana pudiera hacer de mi voz una trompeta de plata para ti, y que pudieras oírla como la proclamación de un jubileo, invitándote a volver a tu herencia! ¿Qué fruto habéis tenido en todos vuestros pecados desde que os desviasteis de vuestro primer marido? ¿Qué gozo, qué felicidad habéis conocido? ¡Oh, todo ha sido decepción, vejación, desilusión!

¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡Vuelve! El propiciatorio todavía está abierto. El corazón de Jesús todavía late amorosamente hacia ti. La gracia de Dios todavía te espera. «Volved, hijos apóstatas, dice Jehová; porque yo soy vuestro esposo». (Jeremías 3:14) «Yo sanaré su apostasía, los amaré de pura gracia; porque mi ira se apartó de ellos». (Oseas 14:4)

Por último, para vosotros que ahora estáis en descanso.

Esforzaos por mantenerlo. Y la manera de mantenerlo es la misma en que lo obtuvisteis por primera vez. Lo obtuvisteis *creyendo*, mantenedlo *creyendo*. Creed en la promesa de la gracia frente a vuestros pecados y corrupciones. Es poca o ninguna fe confiar en Cristo cuando sentís que vuestras gracias crecen y vuestras concupiscencias se debilitan, ¡pero oh! es fe cuando, sintiéndooos cargados y abatidos por el peso del pecado, seguís diciendo: «Sé que Jesús no vino a salvar a los justos, sino a los pecadores. Sé que no vino a salvar a los hombres de alguna enfermedad leve del pecado, sino que es un médico capaz de lidiar con las enfermedades más virulentas y mortales.

«Yo, por lo tanto, confío en Él sin duda alguna, y si fuera un pecador mayor de lo que soy, seguiría confiando en Él. Si mis manchas fueran más escarlata de lo que son, seguiría creyendo que la fuente carmesí podría emblanquecerme como la nieve. Seguiré viniendo a Él, no con una fe vacilante que intentaría minimizar el pecado para creer que Él podría quitarlo, sino con una fe que sabe que el pecado es grande más allá de la concepción, y sin embargo cree que el Salvador es aún más grande, y el mérito de Su sangre más potente que el demérito de la transgresión humana».

Oh creyente, permanece siempre en la cruz, y nunca te apartes de ella. Que ningún avance en la gracia te haga decir «Excelsior» a la cruz, porque no hay nada más alto que el Calvario. Tu sabiduría es permanecer como un pecador lavado con sangre al pie de la cruz, pues construyes un miserable desecho cuando construyes por encima de la cruz.

Si alguna vez has estado en la cima del Snowdon o del Righi, habrás visto pequeñas plataformas y montones apilados para que los turistas se paren. Ahora bien, estas pueden ser derribadas por el viento, pero no es la montaña la que se mueve, son solo esas plataformas insignificantes. Así que, si construyes tus pequeñas y tambaleantes experiencias por encima de la obra genuina de Cristo, y estas se derrumban, no te asombres.

Al contrario, alégrate de ello. Descansar en lo que Cristo ha hecho es lo más seguro y lo mejor.

«Soy el primero de los pecadores,

Pero Jesús murió por mí».

«No teniendo nada, y sin embargo poseyéndolo todo». (2 Corintios 6:10) Culpable en mí mismo, pero aceptado en el Amado. Desnudo, pobre, miserable y desventurado hasta el último grado, tal

como soy considerado en mí mismo, sin embargo, en Cristo Jesús soy amado por Dios, tan amado como si nunca hubiera pecado. Soy uno con Jesús, y heredero con Él de toda la herencia de Dios. Y en breve estaré con Jesús donde Él está a Su diestra, donde hay deleites para siempre.

Que el Señor os bendiga con tal fe, por amor de Jesús, Amén.

PASAJES ESCRITURÍSTICOS LEÍDOS ANTES DEL SERMÓN

— Hebreos 3 y Salmo 62

Tomado de The Metropolitan Tabernacle Pulpit C. H. Spurgeon Collection. Solo se han realizado los cambios necesarios, como la corrección de errores ortográficos, el uso de alguna puntuación, la capitalización de los pronombres de deidad y la actualización mínima de algunas palabras arcaicas. El contenido es íntegro. Recursos bíblicos adicionales están disponibles en www.spurgeongems.org.